

descrito. En la beatitud inocente de los *eudemonistas* ha debido mezclarse más de una vez la policía, á pesar de que la habitación privada donde practican su culto los protege contra la misma. Los *anomeos* llevan su vituperio hasta en el nombre, que quiere decir *sin ley*. Las sociedades de los *mormones* son tantas y tales, que causan asco aún á los Estados Unidos. Todos éstos, por tanto, si quieren llevar vida buena: ¿no están obligados ante todo á proscribir sus principios? Hé aquí, por tanto, la gran diferencia que hay entre los católicos y los protestantes. Los católicos, si observan perfectamente su ley, llegan á Santos; los protestantes comienzan á ser buenos cuando la intringen. Lo cual explica también (dicho sea de pasada) por qué lo mejor que hay entre ellos váse acercando á nosotros, y lo que hay de peor entre nosotros aproximase con el afecto ó con el acto á los protestantes, y por qué nosotros conseguimos los Hutter, los Newman, los Manning, los Ward, los Oakeley y otros parecidos, mientras les damos los Desantctis, los Achilli, los Bonamici y los Guicciardini. Mas dejando esto, faltanos sólo concluir con que los países protestantes no son más morales que los católicos, sino que precisamente lo contrario es cierto; y que aún cuando fuese inferior la bondad de aquéllos, no perjudicaría un punto la verdad del Catolicismo.

El presente, no se pueden llamar en rigor protestantes los metodistas, los evangélicos, los moros, los reformados, los bautistas, los pentecostales, etc. porque todos están de acuerdo en reconocer á la Iglesia católica como única y verdadera. No para ser admitidos y conseguir el honor de ser miembros de ella, sino para ser admitidos y conseguir el honor de ser miembros de ella. Ahora bien, como he dicho, no todos los países protestantes son más morales que los católicos. El conde de Zinzendorf, fundador de los hermanos moravos, escribió algunas veces, que no podía impedirle que se sintiese tan indigno de la regeneración como yo me siento tan indigno de la regeneración. Es una escuela de las escuelas. Los metodistas de América las han

CAPÍTULO XXXI.

Reglas para sentir con la Iglesia católica.

De las máximas erróneas que corren acreditadas por el mundo, hemos examinado hasta aquí las principales, y visto su falsedad. Un lector discreto, por tanto, que tenga en el corazón la rectitud para creer y la santidad para obrar, hallará en la presente obra una salvaguardia que podrá preservarle de aquellas. Falta sólo una regla, diré casi positiva, sobre el modo de sentir y hablar, que muestre toda la fé y piedad católicas: de sentir, porque si bien no sea herético y contrario á la fé sino el que pérfidamente se obstina en el error conocido, esto no impide que haya muchas maneras de opinar que, no siendo enteramente conformes á la fé, la oscurecen y anublan en el alma: de hablar, porque, por recomendación del Apóstol, importa muchísimo la exactitud en lo que de ella se diga, y para que no se dé ocasión á otros de proceder menos rectamente. Para cumplir esta última parte, he creído que nada mejor hacer podría que recordar algunas palabras con las cuales San Ignacio de Loyola, que vivió en tiempos muy turbados para la fé, declaró cómo se debe pensar y hablar; así como las tendencias que debe tener todo el que ame tiernamente la fé. Porque (¡admirable cosa!) aquellos avisos indican fielmente, además de los escollos que deben evitarse, los lineamientos con que se expresa netamente y con sinceridad el sentir católico: despues de tres siglos, continúan aún en pié, y salen tan verdaderos, que sería difícil hallar cosa más conveniente á las necesidades de nuestra edad. Me limitaré yo á compendiarlos, añadiendo, despues de haberlos traducido literalmente, alguna breve explicación, para que todos lo entiendan.

Ante todo, para sentir católicamente, según el

Santo, *estar debe pronto el ánimo á obedecer en todo á la verdadera Esposa de Cristo Señor nuestro, que es la santa Iglesia Romana.* Quiere que, tal amor, sumisión y confianza vayan tan allá, que según su enérgica expresión, «estemos dispuestos á creer negro lo que á nuestros ojos parezca blanco, si la Iglesia lo declaró negro,» persuadidos de la gran verdad de que *entre Jesucristo Esposo y la Iglesia Esposa, es uno mismo el espíritu que nos gobierna y nos encamina á la salvación, como es uno mismo el Espíritu y Señor que dió en un tiempo las leyes, y rige ahora y gobierna la santa Iglesia.* Y con gran motivo construye tal fundamento, porque la firme adhesión á la Iglesia es lo que nos separa de súbito de todos los herejes, cismáticos, protestantes y anglicanos. Así como los protestantes, por haber abandonado la Iglesia, cayeron en el fondo de todos los errores, los católicos, por seguir adheridos á ella, tienen, sin duda, el principio de toda verdad y certeza. Ni diga nadie que la fórmula empleada por el Santo, por la cual debemos fiarnos ciegamente de la santa Iglesia, sea excesiva, porque sólo quien desconoce la infalibilidad de que goza por la asistencia del Espíritu Santo, podría encontrarla tal. Si es cierto que uno es el espíritu de Jesús y de la Iglesia, lo que prescribe Aquél prescrito es por ésta, así como está prohibido por Jesús lo que la Iglesia prohíbe.

Establecido este fundamento, nos da el Santo una norma para sentir rectamente sobre algunas cuestiones muy graves, que tal vez perturban la mente de los fieles; son las que se ventilan relativamente á la predestinación, á la fé, á la gracia, al temor y al amor divino. En cuanto á la predestinación, quien ser quiera sinceramente católico, *procure no hablar de ella con ligereza; porque si bien es verdad que se deben poner de acuerdo para nuestra salvación la predestinación por la parte de Dios, y los debidos esfuerzos por la nuestra, sin embargo, quien hablase sin cautela, daría fácilmente ocasión á los imperitos de aducir aquel vano sofisma de que cuando esté determinado lo*

que será de nosotros, serán inútiles todos nuestros esfuerzos. Con lo cual conseguiríais que los fieles olvidasen las buenas obras, que conducen á la salvación y al provecho de las almas. Como hemos visto más arriba, ningún error podría ser más pernicioso que éste.

Igualmente preciso es hablar con la mayor cautela de la santa fé, porque *algunos la enaltecen hasta el extremo de excluir la necesidad de las buenas obras, acercándose así á la doctrina absurda de la fé justificante de los defensores de la protesta; otros, por el contrario, deprimen de tal manera su necesidad, que aparentan creer se puede obrar sin ella, y dan en la irreligiosa doctrina de los racionalistas. La doctrina católica se fija en medio de ambas, confesando que sin la fé no se puede complacer á Dios, y que sin las obras no es bastante para la salvación la verdadera fé.*

En cuanto á la gracia, es forzoso creer que *realmente se necesita para obrar el bien, como lo dice nuestra fé; mas no se debe considerarla tal, que se llegue á defender el error contrario, por el que bajo la gracia queda extinguida la libertad del hombre, porque tanto la una como la otra serian falsedades dañosísimas: la primera sumamente injuriosa á Jesucristo, que protesta que *sine me nihil potestis facere*, y la segunda quitaría toda solicitud á los fieles para obrar según sus fuerzas. Si sucede que nuestra limitada inteligencia no consigue poner de acuerdo la una con la otra, no se debe atribuir á repugnancia intrínseca entre la gracia y el libre albedrío, sino á la flaqueza de la razón, que no conoce siquiera los objetos que tiene siempre á la vista, y es mucho más limitada tratándose de lo que huye á los sentidos.*

Finalmente, por lo que hace al amor y al temor divino, debe advertirse que *si bien es incomparablemente más noble servir á Dios por puro amor, debemos, sin embargo, ensalzar muchísimo el temor á su divina Majestad, porque no sólo el temor filial es cosa piísima y muy santa, sino también el temor servil, que mientras el otro no al-*

canza bienes mayores, ayuda para levantarse del pecado mortal, abriendo despues camino al temor filial, que es plenamente acepto y agradable al Señor, porque va inseparablemente unido al amor de Dios. La razon es que Dios mismo, que nos incita siempre al amor, tambien emplea con nosotros amenazas de severos castigos para que lo temamos, y, temiéndolo, nos apartemos de la culpa.

Todos ven cuáles son las ventajas de dichas reglas. Se ponen con la primera en salvo en general todas las creencias católicas: las otras nos hacen cautos para sentir sobre las verdades más árduas de la fé, que si no fueran bien comprendidas por alguno, podrian inducirle á los errores más perniciosos para la salvacion. Prosigue despues el Santo, y da una norma á nuestra lengua á fin de que nada se diga que pueda ofender la verdad ó la piedad católica. Aquí es donde ruego al lector que ponga especial atención, porque verá casi delineado en pocas líneas el lenguaje que debe usar todo aquel que parecer quiera sinceramente católico en su modo de discutir.

Debemos enaltecer, dice primeramente, la confesion sacramental que se hace á los sacerdotes, y la participacion de la divina Eucaristia. No sólo la que se hace anualmente por Pascua, sino mucho más la semanal. Adventencia que abraza dos puntos dignísimos de la mayor atención, ó sea enaltecer el uso de los Sacramentos, y enaltecer su frecuente uso. Y en verdad, si el hombre peca siempre, ¿por qué no se ha de limpiar siempre del pecado? Si siempre es débil, ¿por qué no ha de reforzarse siempre? ¿No son los enfermos los que necesitan al médico, y los pobres los que necesitan al rico? Obran, pues, contra dicho consejo, y muestran poco espíritu católico los que se burlan de los que quitan el polvo (así dicen) de los confesonarios, y los que afirman que basta ir una vez al año, los que echan en cara á los que incurrén en cualquier defecto la frecuencia de los Sacramentos, y los que reprenden á los que se acercan muchas veces á la Comunión, como si fuese poco humilde, ó se familiarizase demasiado

con las cosas santas. Si alguno abusa de ellas, al confesor corresponderá poner remedio; mas siempre será exacto que ningun individuo se ha de mezclar en el asunto, alejando á los fieles.

Debemos enaltecer, prosigue, el oír con frecuencia la santa Misa, é igualmente los cantos de la Iglesia, la recitacion de los salmos, las oraciones prolijas que se dicen en la casa de Dios, como tambien los tiempos diferentes asignados á los oficios divinos y á las llamadas horas canónicas. Observen de gracia los lectores todas las palabras. Habla, en primer lugar de la Misa, por ser el más alto honor que la Iglesia puede rendir á la Divinidad. Es el sacrificio de la nueva Ley, que contiene sólo en sí la razon, la variedad y el valor de todos los antiguos sacrificios, sobrepujándolos tanto, cuanto á las figuras la realidad. Añade los cantos y los salmos, por ser el coro con que la Jerusalem terrena elévase á la celeste, á la cual responde. Las oraciones prolijas, que á más de uno causan tal horror, deben, por el contrario, ensalzarse, porque si la tierra no deberia ser más que un comercio no interrumpido con el cielo y una fervorosa disposicion para éste, ¿quién puede razonablemente llevar á mal que se prolonguen un poco las oraciones que comunican íntimamente con el Señor? Las horas canónicas de los sacerdotes tienen además de particular que se recitan en nombre de toda la Iglesia, y realizan los deseos de los Santos: *Septies in die laudem dixi tibi*. «Siete veces al dia he te glorificado.» Y aún *tota die laudem tuam*. De donde se infiere que no es católico el celo del que no soporta que otro invierta tiempo en la iglesia, del que juzga inútiles los capítulos y las catedrales, y del que llama ociosos á los que se ocupan en la recitacion de los salmos y en las Misas cantadas. Muestran que no han comprendido nunca cuál es sobre la tierra el oficio propio de la Iglesia.

Igualmente precisa ensalzar mucho las Ordenes religiosas, la virginidad, la continencia, y no poner en parangon con éstas el estado del matrimonio. Aquí el Santo toca una llaga de sus tiem-

pos, porque los protestantes que entonces surgían eran enemigos jurados de todas las Ordenes religiosas y de la pureza. Mas así como el espíritu introducido por ellos en el mundo infectó tanto un número grandísimo de cristianos, muchas veces continúa existiendo esta llaga. Algunos católicos, para no decir otra cosa, ineptos, si ven desgraciadamente algún escándalo de los religiosos, los condenan á todos á la vez; no pueden sufrírselos, se ponen de acuerdo con los libertinos, y gritan con ellos para que los crucifiquen. Mas el espíritu católico, que sabe distinguir la enfermedad propia del hombre, en cualquier estado, de la vida religiosa en sí misma, de la institución de Cristo, y de los copiosos frutos espirituales que siempre produce, piensa y habla bien diversamente. En los religiosos descubre la porción más selecta de la grey cristiana, los profesores de los consejos evangélicos, el auxilio que Dios envía sucesivamente á su Iglesia, y las legiones más aguerridas de sus campeones; en las religiosas halla el amor de la Iglesia, la piedra preciosa más brillante de su diadema, la gloria más pura de la fé, y las esposas inmaculadas del Cordero divino. Por lo que hace al estado de la virginidad, que en sí mismo es más excelente que el matrimonial, lo definió el Concilio de Trento; no quiso decir que no fuese bueno y santo el estado conyugal, sino que es inferior al otro. El espíritu de los que se burlan siempre de los ociosos y de las cabezas ceñidas; de los que no saben ver otra beatitud que la de colocarse en el mundo; de los que desaconsejan con toda especie de razones y mentiras la vida religiosa á los que la desean; de los que oponen mil dificultades á los que abrazarla quieren, no es, por tanto, muy católico.

Además de alabar la vida religiosa, se deben enaltecer los votos de religion, de pobreza, de castidad, de obediencia, de todas las demás obras de supererogacion. Y oportunamente, pues, penetrar en una Orden religiosa es excelente accion, porque se profesan con ello dichos votos: la pobreza, inaugurada por el Salvador divino desde su

primer ingreso en el mundo, autenticándola despues con la solemnidad de su primera predicacion: *Beati pauperes spiritu*; la castidad es aquella joya tan sublime que no todos comprenden: *Non omnes capiunt verbum istud*; la obediencia es la total abnegacion de la propia voluntad: *Abnega te ipsum*, á fin de asegurarse de hacer siempre la de Dios, única perfecta. Las obras, en fin, de supererogacion constituyen aquella abundancia de obras en las cuales se nos mandó que siempre creciéramos; aquella sed de la justicia que fué preconizada como fuente de beatitud; y aquella imitacion de las perfecciones del Padre celestial, á que fuimos invitados por Jesucristo. Demasiado mal comprenden los hijos del siglo todas estas verdades; pero es precisamente porque les falta el espíritu de la Iglesia católica.

Además se debe alabar y tener en mucho las reliquias y las invocaciones de los Santos, las estaciones, las peregrinaciones devotas, las indulgencias, los jubileos, las cruzadas, las candelas encendidas en los templos, y cosas semejantes. Honrar los Santos y las reliquias, alguno dirá, y tener por válidas las indulgencias y los jubileos, pase, por ser dogma de nuestra fé que honrar á los Santos es pío, y útil conseguir indulgencias; pero tantas otras cosas...! Así podría replicar uno de aquellos hombres que tienen tanta filosofía en la cabeza cuanta se necesita para no tener devocion alguna; mas un católico sincero no juzgará jamás así, porque sabe que todos los ritos y todos los usos aprobados y promovidos por la Iglesia santa son obra de una maestra infaliblemente asistida por el espíritu de Jesus. Aun cuándo no sepa conocer la utilidad, la cree él si hála visto la Iglesia. Por lo demás, ¿qué son, por ejemplo, las estaciones sino una visita devota que se hace á las tumbas de los Santos y de los mártires para enardecerse á vista de sus cenizas y prepararse á imitar sus virtudes? ¿Qué cosa más eficaz para despertar generosos sentimientos de devocion que una tal visita? Las peregrinaciones á los santuarios no son más que una

mortificación generosa emprendida en tiempos de viva fe para enaltecer á Dios, la Virgen, los Santos, y por su medio santificar el espíritu mundano que reinaba entre los caballeros de otra edad. Las *crucizadas* despues, si se consideran las empresas que acometian, fueron santísimas, porque trataban de la liberación del pueblo cristiano de la impiedad mahometana, en toda Europa dominante: lo mismo si se consideran los favores especiales que por su causa se concedieron, á saber: la conmutacion de obras buenas en otras requeridas por los tiempos y por las necesidades. Hasta las *candelas* encendidas en los templos están llenas de significacion. Así como en la Ley antigua se degollaban víctimas, ofreciéndose en casi todas las naciones á la Divinidad, el católico consume aquellos cirios, indicando que, pudiéndolo, se consumiría delante de Dios en olor de suavidad. ¿Puede darse un concepto más sublime? Todas las obras dichas, practicadas por nuestros mayores, dominados por fuertes pasiones, aunque adornados con una fe más fuerte todavía, no se comprenden por muchos, y no se alcanza con facilidad el espíritu con que las promueve la Iglesia; mas ¿es católico el espíritu de los que, no comprendiéndolas, se ponen á vituperarlas?

Propio del espíritu católico además es encomiar la abstinencia y los ayunos de la Cuaresma y de las cuatro temporadas, de las vigiliass, del viernes y del sábado, y todas las penitencias, tanto interiores como exteriores. Es propio del espíritu católico hacerlo así, porque la ley de Cristo lo es de mortificación y penitencia, por más que otros quieran persuadir de lo contrario. Jesús vino al mundo para formarse un pueblo que viviese vida de espíritu, no de sentidos, que suspirára por los bienes del cielo, y que no se apegase á los de la tierra: como para conseguirlo no hay otro medio que tener sujeta la carne, es adecuado al espíritu religioso no escasear las penitencias y las austeridades que, según la doctrina católica y la experiencia de los Santos, infaliblemente alcanzan el efecto. Es verdad que rechaza el mundo estas enseñanzas, y

que ciertos católicos sin espíritu van proclamando que la templanza es suficiente; mas el Apóstol intima que los que pertenecen á Cristo son únicamente los que han crucificado su carne con todos sus vicios y concupiscencias. Si no tienen espíritu católico los que critican las penitencias, ¿cómo lo tendrán (para decirlo aquí de pasada) los que sólo anhelan delicias y placeres, pasatiempos, teatros, músicas, fiestas, disipaciones, y pasan su vida sobre la tierra como si hubieran sido criados con el único fin de divertirse? Mas volviendo al asunto, el espíritu católico, de tal suerte no critica la penitencia exterior, que cuando no la puede practicar por la salud quebrantada ó por prohibicion de los directores, se aflige, se desazona y envidia santamente á quien pueda mostrar hasta en su carne la mortificación de nuestro Salvador Jesucristo: considérese, pues, si estará nunca dispuesto á sentir ó hablar de ella poco dignamente.

Además del espíritu católico, se deben enaltecer los ornamentos, los adornos, la esplendidez de los sagrados templos, y venerar las imágenes por causa de lo que representan. El culto externo es absolutamente necesario para lo dicho anteriormente; es, digámoslo así, el cuerpo en el cual y por el cual la interior adoración se cumple y manifiesta; es la excitación más saludable que se puede prestar á los fieles para practicarlo; es la escuela viva donde se aprende la reverencia al Señor debida: despreciarlo equivale, pues, á despreciar tales beneficios. A este asunto refiérense todos los demás objetos dignos de nuestra reverencia, como los rosarios, los escapularios, los *agnus Dei*, las velas bendecidas y otros semejantes; porque si bien no es necesario servirse de todos para conseguir la salvación, es útil valerse, á lo ménos, de algunos, y es necesario no despreciarles: reconociéndolos y aprobándolos la Iglesia católica, es cierto que no pueden dejar de ser saludables. Y en verdad, si continúa firme en ella el culto de las santas imágenes, ¿por qué deberá ser criticado el venerador de una medalla ó de un rosario que recuerda la Madre de Dios,

un Santo patrono ó el mismo Jesus? Si es acto pío la confianza en las oraciones de la Virgen y de los Santos, ¿cómo podrá condenarse un escapulario ú otra señal cualquiera que, declarándose mayormente consagrada á su honor, fomenta en nosotros la confianza que se desea? Finalmente, si la bendición del sacerdote tiene algun valor en la Iglesia, ¿por qué no lo tendrá cualquier objeto bendecido por él? Santa Teresa decia con gran fervor que hubiera muerto gustosa mil veces para defender y honrar la más mínima ceremonia santa: tenía, sin embargo, el espíritu de Jesus! Finalmente, quiere el espíritu católico que tengamos tal afición á todo lo que ordena la santa Iglesia, que prontos estemos más bien á buscar razones para defenderlo, que á impugnarlo. Este amor entrañable es la piedra de toque para conocer á los que no son católicos: por esto lo recomienda el Santo tan altamente. Estar pronto á inquirir y hallar razones en su defensa, acredita el afecto que se la tiene, así como el murmurar de continuo de ella, como lo hacen algunos, demuestra que el corazón está muy apartado de la misma.

Aun por amor á la Iglesia debemos inclinarnos mucho á querer también á nuestros padres y superiores, ensalzando hasta donde se pueda sus órdenes y amonestaciones. El principio heterodoxo es principio de rebelion, primero á la Iglesia, y después á todas las demás autoridades legítimas. Ni esto quiere decir que se deben aceptar los consejos é ideas de los superiores, aunque sean injustas, y, sobre todo, contrarias á la Iglesia, lo cual sería complicidad con ellas y delito; sino que, fuera de tales casos, y en todo lo que no sea pecado, reconociendo en ellos la autoridad que tienen de Dios, por veneracion á la misma, estemos prontos más bien á defenderles, excusarles y seguir sus advertencias, que á combatirlos, criticarlos y hacerles la oposicion. Si esta norma se siguiere, quedaria derrótado el mónstruo más grave de nuestra edad, ó sea el espíritu revolucionario, que corrompe tantos corazones y causa en la sociedad tan

luctuosos desórdenes. Sirva, pues, decir con el Santo que tal espíritu veo, no sólo es contrario á la política y al órden, sino tambien á la fé y á la religion.

Por último, propio del espíritu católico (esta observacion cuadra principalmente á los eclesiásticos) es alabar mucho la doctrina positiva ó escolástica. Da para ello dos razones. La primera, porque así como es más propio de los doctores positivos San Jerónimo, San Agustín, San Gregorio, etc., servir al efecto y mover al amor de Dios nuestro Señor, es más propio de los escolásticos Santo Tomás, San Buenaventura, el Maestro de las Sentencias, etc., definir, declarar y defender las cosas pertinentes para la salvacion, de una manera proporcionada á los errores y á las falacias de los tiempos presentes. Además, porque siendo los escolásticos de tiempo posterior, no sólo se sirven de la inteligencia de las Escrituras y de los escritos de los Padres y Doctores que les precedieron, sino tambien porque, iluminados áun ellos, é ilustrados por la luz divina, se valen de los cánones, de los Concilios y de las Constituciones de la Santa Madre Iglesia. Este aviso deberia abrir los ojos á ciertos incautos, que no respiran sino platonismo y filosofía, y que sólo saben alabar Padres y Padres, no por amor á ellos, sino por ódio á los escolásticos. En esto hacen como los herejes, que no pueden oírlos nombrar siquiera.

Muchas cosas podrian añadirse á este propósito; mas las indicadas por el Santo son bastantes y son las necesarias para todos los que amen sinceramente la verdad. Todas se resúmen, empero, en una, que es querer con ardor, reverenciar profundamente á la Santa Iglesia, seguir estrechamente unidos á ella, y plenamente subordinados á la misma. Esto es tambien lo que yo, al concluir, quisiera dejar más profundamente esculpido en el ánimo del lector, porque en los tiempos que corren, tal es, sin duda de ningún linaje, el consejo más necesario.

En el amor á la Iglesia se contiene la cabal sumision al Señor, porque en la Iglesia recogió la

manifestacion de toda su voluntad relativamente á nosotros. No quiere Dios de nosotros otra fé que la que nos propone la Iglesia; ni otros preceptos que los que nos intima, ni otros obsequios que los que nos pone en los labios, ni otra conducta que la que nos señala, ni otra perfeccion que la que nos aconseja, porque ha reunido en ella la oracion, el sacrificio, la accion de gracias, la expiacion, la gracia, la vida y toda esperanza de dicha eterna. No nos puede mirar Dios con buenos ojos sino por ser miembros de la Iglesia, como no puede rechazarnos si somos hijos que nos sometemos á la misma. Un antiguo Padre y glorioso mártir asegura que nunca tendrá por Padre á Dios quien no tiene por Madre á la Iglesia.

La razón de esto, innegable y solemne, es que haber no puede para los hombres bien de ninguna especie si no emana de Jesucristo, pues Jesucristo ha hecho á la Iglesia depositaria única de todos. Sin Jesus, dice San Agustin, los hombres no son más que una masa de condenacion: nosotros podemos decir otro tanto de la Iglesia, porque todo es en ella el precio divino de la Redencion. Sólo ella posee los tesoros inefables de las santas doctrinas para iluminar á los hombres: sin ella todo son dudas, tinieblas, ignorancia, error é infidelidad. Sólo ella distribuye la sangre preciosa de Jesucristo, con la cual nos limpia del pecado, nos alimenta para la eternidad, nos conforta en la agonía y nos conduce al cielo; sin ella hay sólo esclavitud del pecado, servidumbre de muerte y perdicion. Jesus no se halla sino unido á su Esposa. Por el amor inefable que la profesa vino del cielo á buscarla, ó, mejor, á formársela y unírsela despues indisolublemente: de aquí que quien á Jesus no busca en ella, y en ella no lo halla, estará eternamente sin Jesus. Sólo en la Iglesia está la certidumbre de todas las verdades y la seguridad contra todos los errores. Las tempestades se desencadenan, braman los vientos, y el naufragio preséntase por todos los lados. El protestantismo, que ha recorrido ahora todas las vías, ha sembrado el mundo de ruinas: es-

pantosas. Aquí hay indiferencia religiosa, ó sea negacion de todo culto; allá *volterianismo* audaz, ó sea irrision de las cosas más santas; en unas partes *pietismo* fanático, es decir, sensibilidad llevada al delirio, y en otras puro racionalismo, por el que se niega toda revelacion. Estos errores, introducidos por mil vías en las tierras católicas en el espíritu de muchos, producen frutos amargos de duda é infidelidad; aún nosotros tenemos que oír unas veces renegado un dogma, otras impugnada una práctica, otras puestas en ridículo los milagros, y otras blasfemada una verdad. Al ver tal estado de cosas, muchos por de más tímidos se amedrentan, y casi temen que la Iglesia se destruya; espántanse otros de ser aún ellos un dia ludibrio del error. Mas cobren aliento los unos y los otros. Quien desee seguridad y estabilidad, confie en la Iglesia. En toda novedad que suceda y en todo lo que maraville, sea cual fuere la novedad que surja, acérquese de súbito á su Madre, interróguela, espere la sentencia que pronuncie, y tranquilícese despues con ella. Verá venir á menos todos los soberbios y presuntuosos; verá las sectas moverse á todos los vientos, á guisa de hojas, dispersándose pronto; verá á los incrédulos y los impíos abismarse primero en error y despues en la muerte: ateniéndose él muy firme á la Iglesia, participará de su constancia é inmovilidad. Conocerá por experiencia que es el arca divina que no teme naufragio, la torre segura de la cual penden mil escudos, la roca inmóvil al flote de todas las olas, la columna y el sosten de todas las verdades. Se ha hecho á la vela aquella nave divina por todos los mares, hánla combatido todos los corsarios, y todos los mónstruos la han amenazado; pero ninguno ha podido prevalecer nunca contra ella, ni prevalecerá jamás.

Ni sólo durante su vida hallará seguridad el católico que confie en la Iglesia, sino que hallarála, sobre todo, en la hora final. La virgencita Santa Teresa, ántes de su muerte, manifestaba la más santa alegría porque había vivido y moría en el seno de la Iglesia católica: de igual consuelo par-

icipará todo: aquel que, como ella, háyala amado ardentemente. No se alegrará entonces el protestante; porque todo lo ha discutido y examinado; ni el racionalista; porque todo lo ha negado; ni el ateo, porque ha escarnecido la Divinidad. Se alegrará el católico fiel; que habrá sometido humildemente su inteligencia á su Madre, reverenciándola, defendiéndola y amándola segun su poder. La Iglesia entonces, acordándose de este hijo suyo, se presentará en su combate, fortaleciendo sus dolores y sus angustias. Sacará de su seno maternal los consue- los que para entonces reserva, le aplicará los efec- tos de sus oraciones, la gracia de sus Sacramentos, los méritos de su Esposo, y ya limpio del pecado, presentarálo á El, para que lo encuentre Juez de misericordia, y no de rigor. Lectores corteses: hé aquí la gracia que os deseo del emperio, con el amor más grande, para obtener la cual he redacta- do el presente libro. ¡Ojalá os la conceda Dios, y á mí, por el triunfo de su corazon divino, por la exal- tación de su Iglesia, y por nuestra eterna felicidad!

FIN DE LA OBRA.

APÉNDICE.

LA INFALIBILIDAD PONTIFICIA

Razon de este escrito.

Lo que habian deseado tan ardentemente los sinceros católicos sin excepcion, lo que habian temido tanto tiempo todos los malos, y lo que tan infeliz- mente habian puesto en duda ciertos débiles en la fé, se ha realizado por fin. El Concilio Vaticano, en una solemne constitucion, ha declarado que el Sumo Pontífice es infalible al definir las verdades de la fé y de la moral; la definicion, al par que ha llena- do de alegría admirablemente á los católicos sinceros, que han rendido á Dios por ella gracias inmor- tales, ha desalentado á los impíos que la odiaban; el Romano Pontífice ha tranquilizado á los que des- confiaban de buena fé, y ha descubierto á los trai- dores que, bajo el velo de una duda hipócrita, ocul- taban sentimientos hostiles á la verdad. Resta sólo que ahora se comprenda intimamente lo que es la cosa definida y el valor de la definicion conciliar, las razones por las cuales se dió, el fundamento so- bre que se halla establecida, las ventajas, por últi- mo que deben esperarse de ella, y las obligaciones que nos corresponden en esta ocasion. Sin tales conocimientos sería muy difícil obtener el fruto copioso que de obra tan trascendental se ha prometido la Iglesia.

Ha de tener presente quien ansie sacar ventajas en la materia, que en la cuestion de la infalibilidad pontificia, los cristianos se encuentran en tres con- diciones diversas. Algunos son *católicos sinceros*,